

de promesas llevarse consigo. Antes de que el hechicero llegara á la aldea, envió á los habitantes de ésta la orden severa de que se lavaran los pies, y apenas se anunció la llegada del mismo, todos, viejos y jóvenes, poderosos y humildes, corrieron al río para ejecutar el mandato de aquel hombre superior. Rodeado de gentes que le escuchaban en medio del mayor silencio, anuncióles que en aquel año las mujeres debían sembrar y plantar en las montañas, no en los valles, porque estos serían inundados: luego les refirió anécdotas jactanciosas, diciéndoles que con su cólera había devastado las ciudades de los enemigos de su pueblo, con sólo extender la mano y ordenar á las nubes que se vaciaran sobre ellas; ó que había detenido la marcha de un ejército poderoso, haciendo que cayeran chubascos que formaron poderosas corrientes que aquél no pudo atravesar. Todos estos cuentos eran tomados por verdades infalibles. La fama de su poder se extendió por todo el país como un incendio, y los caudillos de las tribus vecinas acudieron á ofrecerle sus respetos. Y á pesar de que sus promesas no se realizaban, supo prolongar hábilmente el engaño: cuando empezaban á formarse las nubes, ordenaba á las mujeres que no sembraran ni plantaran para que de esta suerte no prosperaran sus trabajos: luego pidió que le reuniesen ciertas hierbas y los habitantes de la aldea se fueron, llenos de la más buena voluntad, y volvieron excesivamente cargados y cantando alegremente. Con estas hierbas encendió, en las cimas de las colinas, algunas hogueras, cuyo humo se esparció á gran distancia, verificando esto con preferencia en los períodos del novilunio y del plenilunio, en los cuales no son raros los cambios de tiempo. A pesar de todo y de que ninguna maniobra alcanzó el menor éxito, no menguó en lo más mínimo la fe. Por fin, un día cayó un chaparrón, en vista del cual uno de los principales habitantes de la aldea volvió á la casa del hechicero para expresarle su alegría, pero ¡cuán grande fué su sorpresa al ver que el hechicero, á quien suponía entregado á sus trabajos, dormía tan profundamente que no había oído llover! Por fortuna para el astuto hacedor de lluvia, su mujer estaba echada en el suelo ocupada en sacudir un saco de leche. ¿No ves por ventura cómo mi mujer está agitando la lluvia tan rápidamente como puede? Esta respuesta satisfizo por completo al pobre café é inmediatamente se propagó por la aldea la novedad de que aquel hombre poderoso había hecho agitar la lluvia con el saco de leche. En vista de que después de ese chaparrón volvió á sentirse la sequía, lamentóse diciendo que en el pueblo debía haber algunos hombres malos que no obedecían sus mandatos, y habiéndole suplicado algunos vivamente que hiciera algunas nuevas tentativas, exclamó: «Sólo me dáis para matar ovejas y cabras, así es que sólo puedo hacer lluvias de cabras; dadme, en cambio, bueyes gordos para que los mate y os quiero hacer ver lluvias de bueyes». Durante cierta noche, pasó por encima de la ciudad una nube tempestuosa y cayó un rayo sobre un árbol: á la mañana siguiente subieron muchos á éste y lo ataron con raíces y hierbas en muchos puntos, mientras el hechicero lo rociaba solemnemente con agua y la multitud exclamaba: ¡Pula, pula! después de lo cual el árbol fué cortado y reducido á cenizas fuera de la aldea. Luego, el hechicero se hizo traer grandes vasijas llenas de agua, en las cuales echó una infusión de ciertos tubérculos y con este líquido fué rociando por medio de una cola de cebra á todos los hombres de la aldea. Pero ni por esas quiso venir la tan deseada lluvia, en vista de lo cual apeló á medios que le permitían ganar tiempo, afirmando, por ejemplo, que necesitaba para sus hechizos un corazón de león, y aun cuando esta exigencia era difícil de cumplir, fué satis-

fecha. En efecto, un día llegó á la aldea, triunfante, un destacamento que á aquel objeto había sido enviado trayendo consigo el deseado león. El hechicero, al parecer seguro por esta vez del éxito, no tardó en encender su hoguera en una colina desde la cual llamó á las nubes con las manos levantadas, amenazándolas con su lanza y con su cólera para el caso de que no quisieran complacerle. La población se encontraba altamente admirada de ver que ni aun así se conseguía el beneficio de la lluvia. Pero todavía quedaba un recurso que no podía dejar de producir su efecto en la fantasía de aquellos indígenas, dado el temor que los muertos les inspiraban. Efectivamente, el hechicero ordenó que se desenterrara algún cadáver que llevase pocas semanas de sepultura, que lo lavaran y lo volvieran á enterrar, y contra lo que él esperaba, también fué ejecutado este mandato, bien que con miedo y repugnancia. Viendo que no se conseguía la lluvia, apeló al último recurso que creía seguro para evitar el desencanto del pueblo, que era inminente, y fué, afirmar que si no llovía era porque Moffat había traído un saco lleno de sal de Griquatown; pero viendo los indígenas que el saco en vez de sal contenía cal, la equivocación dió lugar á grandes risotadas. El hechicero, sin embargo, no quiso perder esta viña, antes bien después de haber permanecido catorce días tranquilo, se presentó de pronto ante la población reunida y dijo que por fin había descubierto las causas de que no llovería. «¿No habéis observado — dijo — que cuando se ciernen las nubes sobre nosotros, Hamilton y Moffat las contemplan? Pues bien, sus rostros blancos las espantan, así es que no lloverá mientras permanezcan aquellos en nuestro país. La gente, al principio, dió crédito á esta acusación, de tal suerte que la posición de los misioneros comenzó á ser difícil y aun peligrosa; cuando por fortuna comenzaron á nacer ciertas sospechas contra el hacedor de lluvia, descubriéndose algunos de sus engaños. Entonces el furor del pueblo fué tan grande como había sido antes la veneración, y el hechicero hubiera terminado su carrera con una muerte violenta, como tantos otros compañeros suyos, á no haberle Moffat sacado de entre las manos de aquellos hombres enfurecidos. Esto no obstante, al poco tiempo le asesinaban los bamangketsi. El misionero termina su relación con estas palabras: «Es un hecho digno de notarse el de que los hacedores de lluvia no mueran nunca de muerte natural; y no hay una sola tribu cuyos individuos no tengan las manos manchadas por la sangre de esos embusteros, á los cuales primero imploran, luego maldicen y por último asesinan.» Además de hacer llover, tienen aquellos sacerdotes como misión digna de ser mencionada la de comer solemnemente los primeros frutos del campo, la de embrujar y la de curar.

Estos hechiceros y nigrománticos, además de lo familiarizados que han de estar por un lado con los sentimientos, la razón y las inclinaciones de su público y por otro con los fenómenos naturales, necesitan tener conocimientos con los cuales puedan imponerse á los hombres. Chapman vió en Letschulatebe á un famoso hechicero de la tribu de los makobas que tenía una especial habilidad para la prestidigitación y que antes de ejecutar alguna suerte invocaba á Dios (Morimo) levantando las manos. El tal maestro no era por todos igualmente respetado, así es que un día le cortaron las orejas por haber cometido un robo. Semejantes artes han contribuido á dar á los makobas la fama de hechiceros y ladrones hábiles de que gozan. El propio hechicero makoba gozaba también de gran reputación como médico y se decía de él que abría el cuerpo de un hombre, le sacaba la entraña enferma y la volvía á colocar en su sitio, con otras sandeces análogas. Para hacer cierta cura, caute-

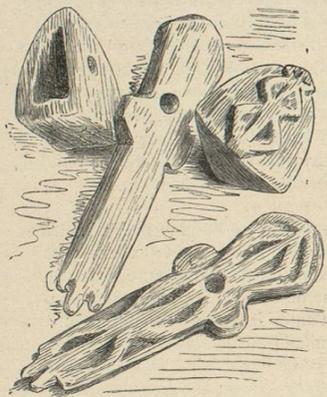
rizaba el sitio en que residía la enfermedad, chupaba luego la herida y, después de haberse atraído, según decía, la enfermedad, caía presa de convulsiones, de las cuales sólo se salvaba gracias á los esfuerzos de los espectadores: después de esto, con la punta de un cuchillo se sacaba de la boca un trozo de cualquier cosa, que aseguraba ser la enfermedad. Estos hechiceros, gracias á su arte y astucia, intervienen también en la administración de justicia y en la política, pues son quienes dirigen los juicios de Dios. Livingstone refiere uno de éstos que los makololos denominaban *mua-vi* y para el cual se daba á beber una infusión de una planta vomitiva. A las funciones de estos hechiceros corresponde también el ejercicio de las prácticas provechosas para el bien público, tales como la de enterrar dos cuernos de antilope en los caminos que conducen á una ciudad; la de colgar cacharros entre las cabañas y en los puntos que dominan la población; la de colgar cabezas de babuino cerca de la entrada de la kotla; la preparación del unguento de guerra que se obtiene con la sangre de un buey no usado y cegado; y la purificación de los hogares colocando y consagrando las tres piedras de los mismos. Pero lo más importante es echar suertes, para lo cual tienen, según la minuciosa descripción de Merensky, una colección de 19 *ditaolos* (cosas adivinatoras), á saber: 4 grandes huesos de la rodilla del buey, de la vaca y del *hudu* (*Antilope strepsiceros*) macho y hembra; 11 astrágalos de otros tantos animales distintos (cabra, oveja, babuino, delfín, etc.), 2 palos de suerte de cuerno de vaca en forma de flechas sin punta, llamados mujeres, y 2 dados de pezuña de buey, que se denominan hombres. Estos últimos son los que deciden la suerte (véanse los grabados de las páginas 212 y 152). Lo que sigue puede servir de ejemplo para demostrar la inteligencia é influencia políticas de estas gentes. Livingstone habla de un hechicero, Tlapane, que gozaba de gran reputación cerca del príncipe makololo, Sebituane, porque en sus profecías y advertencias manifestaba un recto criterio político, muchas veces confirmado por los sucesos. Por esta razón ejercía no poca influencia en el ánimo de ese gran caudillo. Fingiéndose que veía un gran fuego al Este que le devoraría (las armas de fuego portuguesas) exclamó: «Los espíritus dicen que no vayas en aquella dirección» y luego volviéndose hacia el Oeste dijo: «Veo una ciudad y un pueblo de hombres negros cuyas reses son rojas: tu propio pueblo, Sebituane, perece y desaparecerá por completo. Tú gobernarás hombres negros y cuando tus gentes roben reses rojas, no dejes que maten á los propietarios de éstas, pues aquellos son tu futuro pueblo y tu ciudad futura.» Sebituane reconoció la verdad de esta profecía y perdonó á los caudillos de los bahurutse, después que hubo sojuzgado su país. Tampoco se dirigió nunca hacia el Este.

Las supersticiones de animales abundan mucho entre los betschuanos, como entre todos los sud-africanos, en lo cual se parecen á los bosquimanos y á los hotentotes: así por ejemplo explican de la misma manera que éstos la repulsión que les causan el camaleón y el lagarto, atribuyendo á estos animales la culpa de todas las desgracias terrenales. Dicen que Morimo envió al camaleón para decir á los primeros betschuanos que si morían volverían á vivir; pero luego cambió repentinamente de idea y envió á un lagarto con la poco agradable misión de decirles que cuando murieran no volverían á vivir: el lagarto se adelantó al camaleón y les llevó la noticia, por lo cual fué muerto y el camaleón fué maldecido por haber dejado que el lagarto le pasara delante. Desde entonces estos inocentes reptiles son para los betschuanos los más odiados de todos los animales. En cambio, hay una especie de aguzanieve muy mansa á la cual

los betschuanos prodigan muchos cuidados y consideran como el más inviolable de los animales, de tal suerte que al que mata alguno de ellos el caudillo le impone un castigo. Las serpientes son también, según parece, objeto de supersticioso respeto, existiendo una tribu betschuana que lleva el nombre de *banogas*, es decir adoradores de serpientes. Lo que cabe poner en duda es que los nombres de animales que llevan muchas tribus betschuanas tengan relación alguna con esta superstición: las leyendas relativas á estos nombres pudieron ser «etimologías populares» sin fundamento real, es decir histórico. *Bakwenas* significa hombres del cocodrilo, *battapis* hombres del pez, *bakattas* hombres del mono, y *bataus* hombres del león: á esto sólo podemos añadir que estas tribus ó veneran ó respetan á esos animales. Ignórase la relación que existe entre los *bamoraras*, es decir hombres de la vid silvestre y la planta que lleva este nombre. En cambio, se sabe que los bakwenas llaman al cocodrilo su padre y entonan cantos en su honor; que llaman á su caudillo gran hombre del cocodrilo; que no comen carne de éste; que el signo de los rebafos que cortan en las orejas de sus bueyes se parece al cocodrilo y por último que si alguna vez matan á uno de estos animales, lo hacen disculpándose y acompañándose de aclamaciones etc.; resabios sin duda de una veneración de animales conservada en esta tribu (véase pag. 147).

En armonía con las costumbres é inclinaciones pacíficas de los betschuanos, su vida pública está entre ellos organizada menos militarmente que entre sus vecinos orientales, por más que de este pueblo hayan salido grandes conquistadores. La autoridad de sus caudillos viene á ser un despotismo limitado por el consejo de los más ancianos (las más de las veces dos, que se llaman *monemotses*, es decir, burgomaestres), y fiscalizado por la opinión pública, como en el fondo lo encontramos entre todos los negros: por regla general, asumen también la supremacía de los hechiceros ó sacerdotes. Que su ideal es la noble institución del príncipe parécéelo demostrar aquella leyenda de Motlume, biznieto de Monahin, el padre de todos los basutos, que vive en la memoria de todas las tribus de este pueblo como modelo de príncipes, y que gobernaba sobre todas las tribus de los basutos que residían en las montañas Blancas y Azules: á sus órdenes gobernaban diez caudillos más pequeños. Motlume era justo y hacía justicia según las reglas de la equidad: era bondadoso, suave y amable: tomaba bajo su especial protección á las viudas y á los huérfanos. Pero lo que más contribuyó á aumentar su fama y también su poder fué el sistema, al parecer por él introducido, de dar mujeres á los jóvenes que no tenían recursos para adquirir las, por razón de lo cual éstos y sus familias se obligaban á consagrarse como *battaukas* (semi-esclavos) á su servicio y constituían el séquito más leal y más adicto que pudiera desear un rey. Para otros príncipes este sistema fué ancha base para la constitución de harems, mientras que á Motlume se le ensalzaba porque, al llegar á cierta edad, se había apartado de sus mujeres. También fué excesivamente sobrio en la comida, no bebiendo más que agua y leche. Prefería, según parece, la compañía de los niños á la de los adultos, pues decía «que los pequeños eran mejores que los grandes.» Ningún mosuto visitó tantos países y pueblos extranjeros como Motlume, pues llegó hasta las comarcas de los antropófagos del Norte. En sus viajes, se encontró con el caudillo Moschesch de Butabete, á quien aconsejó que aprendiera á conocer á los hombres á quienes algún día había de gobernar. A su regreso, se ocupó en meditar y hablar sobre el modo de ser del mundo y de los hombres. Una

de las cuestiones que más preocupaban á ese filósofo negro coronado era saber dónde acababa el mundo. También formulaba sabias máximas que se conservaron en boca del pueblo aun mucho después de su muerte. Arbousset cita, por ejemplo, las siguientes: «Hay en el cielo un ser poderoso que ha creado todas las cosas. La conciencia es la que mejor advierte al hombre y le enseña invariablemente su deber: cuando obra bien, le sonrío; cuando obra mal, le roe. Todo perece y yo también pereceré, pero será para irme con mis padres.» Motlume contrajo una grave enfermedad estando de viaje: su hijo lo condujo á su patria montado en un buey, y á los pocos días de haber llegado á ella falleció, á una edad avanzada. En su lecho de muerte, lamentóse todavía porque no le había sido dado conducir á su pueblo á un lugar en donde pudiera vivir en paz. «Después de mi muerte — dijo mientras estaba agonizando — se levantará al Este



Dados y amuletos de un hechicero bamangwato (Museo etnográfico de Munich)

un pueblo rojo que destruirá nuestra tribu. El padre se comerá á su propio hijo. Os saludo y me voy con mis padres.» Este gran caudillo murió en 1818 ó 1819.

Despojando esta narración de las galas de la leyenda, tenemos como núcleo de reciente tradición, la memoria de un hombre más virtuoso y más sabio que la mayoría de sus conciudadanos. Con razón recuerda Arbousset, hablando de la influencia que un solo hombre importante ejerció sobre su pueblo, las palabras de Pablo en su epístola á los romanos: «Si los paganos que no tienen ley hacen por naturaleza lo que es de ley, ellos que no tienen ley ninguna son la ley misma, cuando demuestran que la palabra de la ley está escrita en su corazón porque lo prueba su conciencia.» Quizás Motlume adoptó algunas doctrinas del cristianismo, religión que era ya algo conocida entre los indígenas. Los misioneros llegaron por vez primera en 1830 al país de los basutos. Quizás también han entrado en esa tradición algunos elementos cristianos, pues entre otras cosas se cuenta de Motlume que, siendo joven, subió al cielo, para lo cual se abrió éste y se levantó el techo de su cabaña.

Una de las funciones importantes del caudillo es la de juez, que generalmente se ejerce observando dignamente algunas formas fijamente determinadas, que son las mismas de los zulús descritas en la pág. 190. Nadie se niega á aprobar la decisión del caudillo, que es inapelable, pues éste tiene derecho de vida y muerte y puede aplicar la ley cómo se le antoje: no obstante, es permitido murmurar y si algún pariente del caudillo se ve favorecido, la población, por regla general, no se admira tanto de esta parcialidad como nos admiraríamos nosotros. La lealtad, empero, que coloca

al caudillo por encima de todo su pueblo, es propia de todos los betschuanos: el nombre de *morena* que los basutos dan á sus príncipes y que significa «el que vela por la prosperidad», demuestra una confianza inocente. Los betschuanos del Norte dan á sus príncipes el título de *inkosi*, que es común entre los cafres.

Cuán arraigada está la tradición de la monarquía á pesar de todos los cambios políticos, lo demuestra la adoración que aun en la actualidad se profesa á los bahurutse, por ser la tribu en la cual, antes de que los betschuanos se dividieran en un gran número de tribus, estuvo encarnada la monarquía. Los individuos de las familias reales y los *nia-kas*, sacerdotes, de los reinos betschuanos de creación reciente, emigraban al país de los bahurutse, cuando el esplendor de éstos había disminuído considerablemente, para ver practicar por los superiores de aquéllos los antiguos ritos sagrados. En la actualidad, en que los bahurutse son un pequeño pueblo fraccionado y sometido, y en que á su lado hanse erigido otros reinos betschuanos más poderosos, todavía hablan de ellos con respeto todos los betschuanos.

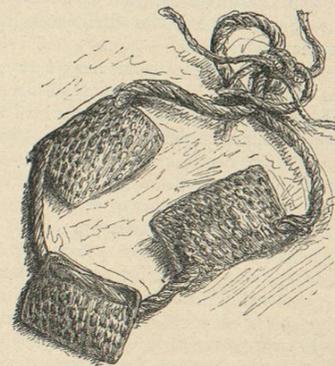
Conforme á su situación en el interior del país y en medio de tribus más guerreras ó más rapaces que ellos, la historia de los betschuanos es excesivamente confusa: no habiendo nunca podido cristalizarse permanentemente alrededor de una dinastía ó de una tribu reinante, no ha podido este pueblo desplegar una gran actividad histórica. Por el contrario, la extensión de sus residencias ha traído consigo un gran fraccionamiento, favorecido además por la guerra y por las conquistas. En tales circunstancias, no hay que pretender encontrar muchas leyendas de tribus y de emigraciones; sin embargo, puede afirmarse que allí donde éstas aparecen, significan una emigración del Norte, es decir de aquella región en que se observa la transición de los betschuanos á los negros ecuatoriales del territorio del Zambézé. Es general, según parece, la creencia de que de los bahurutse que actualmente habitan en el Transvaal han salido las demás familias de los betschuanos, extendiéndose en distintas direcciones, pero muy especialmente hacia el Sud. La historia, no obstante, nos habla de emigraciones al Norte, lo cual acusa claramente en los betschuanos, á pesar de la cultura material relativamente elevada de este pueblo, el carácter nómada de la historia de los pueblos africanos que ya hemos descrito. Precisamente el camino hacia el Norte, en la época que abarca la historia de ese pueblo (unos 100 años escasos), ha sido el único abierto á los betschuanos y esa es la dirección que nos indica esa historia, si no en su origen, en su flujo y reflujo. El símbolo de ese rasgo lo encontramos en aquel interesante episodio (importante no sólo por lo que es en sí, sino también por la luz que arroja sobre las relaciones y dilatación de los pueblos del interior de África) de la historia de los betschuanos que refiere la formación del pueblo basuto hasta llegar á ser la tribu más rica, la más enérgica y la mejor armada de este pueblo, y el incremento y la trágica ruina que en el espacio de dos generaciones tuvieron los makololos que en son de conquista avanzaron hasta el Zambézé. Vamos á hacer un resumen de ello. Una parte de aquella tribu betschuana que se conoce con el nombre de bakwenas, es decir de hombres del cocrilero, vióse empujada en 1820 por el caudillo zulú Mosilikatse desde el río Vaal á las montañas de Draken que se extienden al Sud del mismo. Los betschuanos, gracias á su superioridad numérica, fácilmente hubieran podido resistir á los agresores, si se hubiesen mostrado unidos y enérgicos. A pesar de los esfuerzos de su único caudillo, Moschesch, que era más inteligente que todos sus compañeros y que

procuró por todos los medios posibles mantener la cohesión en su pueblo, confirmóse el refrán betschuano de «pequeños caudillos son malos súbditos.» Mosilikatse encontró al pueblo desunido y falto de dirección, y por esto mató á muchos, robó cuanto había que robar, viéndose obligados los que sobrevivieron á retirarse á las montañas como basutos, es decir como mendigos. En ellas reunió Moschesch en 1831 á los dispersos, formando un pueblo que con el contingente que les aportaron muchos cafres de la costa — que también buscaban seguro asilo en los montes — aumentó su fuerza y energía. Su nueva patria era un territorio extraordinariamente rico en pastos, cuyas ventajas supieron multiplicar ejerciendo en grande escala el robo de reses y de caballos, en perjuicio de los rebaños de sus vecinos los boers del Orange. También progresaron en otros sentidos, hasta el punto de que en 1871 los arados que había en el país no bajaban de 2000. Además introdujeron las carretas de bueyes y la cría de ovejas. Su población se elevaba en 1877 á 127,000 habitantes, cifra inaudita entre las tribus sud-africanas, y pagaba un millón de marcos de contribución al gobierno del Cabo, al cual se habían sometido en 1868 en vista de la situación crítica que con sus avances les creaban los boers. Ellos solos ponían en pie de guerra 18,000 jinetes y en 1879 poseían de 15 á 20,000 fusiles. Plenamente convencidos del bienestar de que disfrutaban, negáronse en 1879 á pagar á sus amigos del gobierno del Cabo la contribución, á consecuencia de lo cual estalló aquella guerra dirigida con poca energía, que terminó con el triunfo de los basutos, pueblo destinado, en cuanto posible sea, á fundar por vez primera una fuerte potencia betschuana en el centro del África meridional.

A la tribu de los basutos pertenecía en su origen otro pueblo apartado, cuya historia nos ofrece un curso enteramente opuesto al de la de aquella: ese pueblo es el de los makololos, que viene á ser un conjunto de varios pueblos distintos, cuyo núcleo lo formaba un pequeño número de basutos. Cuando aquéllos, bajo la atrevida dirección de Sebituane, se dirigieron al Norte, asimiláronse á todos los jóvenes de los fragmentos de las varias tribus betschuanas por ellos dominadas. Una cosa análoga sucedió con los makalakas, más tarde sojuzgados, de cuya residencia se apoderaron los makololos en tiempo de Livingstone (á principios de 1850), bien que no espontáneamente, sino obligados á ello por la gran mortalidad que en los países pantanosos del Zambézé y del Tschobe diezaba á los basutos y betschuanos, acostumbrados á un clima más fresco y más seco. De esta suerte, entraron á formar parte de la tribu algunos bahurutse. Los makololos comenzaron por residir en el río Dila ó Mozuma, desde donde fueron empujados por los matabeles hacia el Oeste, es decir hacia el Tschobe. En esas comarcas, que se extendían entre el Zambézé y el Tschobe, vivieron los makololos en los pantanos como en una isla natural, rodeados por las bajas y pantanosas orillas de ese profundo río, resguardados contra los ataques de sus enemigos, pero expuestos á las mortíferas fiebres palúdicas. A los basutos verdaderos se les reconocía por su constante laboriosidad: siempre se les veía con la azada al hombro y en compañía de sus mujeres dirigirse al campo. «Este espectáculo — dice Livingstone — no lo ofrecen los hombres de ninguna otra tribu cafre ó betschuana.» Pero sus descendientes, que muy pronto comprendieron que eran soberanos, se las echaron de aristócratas entre los sojuzgados makalakas, de modo que el sabio Sebituane se vió obligado á quitarles los privilegios de que se habían apoderado. Este soberano había comprendido perfectamente el principio de la igual-

dad jurídica, único que podía asegurar la duración de este Estado tan rápidamente crecido, y lo expresaba con las siguientes palabras: «Todos son hijos del caudillo.»

En los últimos años de Sebituane, su soberanía se extendía desde las fronteras de Lunda, en donde reinaba Muata Jamvo y en donde la última aldea fronteriza de los makololos era Libonta (á los 12° 30' de latitud Sud aproximadamente), hasta el territorio de los batokas — quienes en 1855, cuando Livingstone recorrió ese país río abajo, eran considerados por los makololos «en estado de rebelión» — al otro lado de las aldeas de Kaonka (al Norte de la gran catarata, á los 17° de latitud Sud). La capital era Linyanti, situada en el bajo Tschobe (18° 20' de latitud Sud y 23° 50' de longitud Este) que, en 1853, contaba de 6 á 7,000 habitantes. Los makololos, es decir la raza dominante mezclada, estaban diseminados en muy escaso número por este exten-



Collar de piel de serpiente, perteneciente á un hechicero bamangwato (Museo etnográfico, Munich)

so territorio que tendría aproximadamente 5,000 millas cuadradas. Al frente de los distintos distritos estaban colocados los parientes de la familia reinante, y en cada una de las aldeas gobernaba por regla general un makololo, aun cuando fuese el único ejemplar de su tribu en las mismas. Los makalakas que vivían sujetos á la servidumbre eran muchos más en número que sus señores circunstancia á la que se debe en primer término el sistema prudente de gobierno que, como hemos visto, les regía. Aquéllos estaban obligados á ciertas prestaciones en favor de sus amos; pero no eran en manera alguna súbditos privados de todo derecho. Así por ejemplo, Livingstone vió, en un distrito gobernado por un cuñado de Sebituane, cómo se dejaba sin castigo á un makalaka que había matado intencionadamente un buey de un makololo, y lo único que se hizo fué dar cuenta de ello á Sekeletu que se encontraba en Linyanti. El propio viajero se convenció de que un caudillo makololo consideraba como un oprobio el hecho de que toda una aldea barutse de su distrito hubiese emigrado á consecuencia de los malos tratamientos que de él había recibido: cuando estos fugitivos volvieron, pasado algún tiempo, á su antigua residencia, fueron acogidos con júbilo, mientras que aquel caudillo era objeto de las censuras de sus propios súbditos. Uno de los primeros deberes del caudillo es la hospitalidad para con los extranjeros: así por ejemplo, Sekeletu hizo matar para Livingstone cada semana ó cada quince días un buey, le destinó para su exclusivo uso dos vacas de leche, y le envió doce vasijas de 70 litros de miel, y maíz, cacahuetes y otros comestibles en abundancia. Los